

DÍAZ DÍAZ, Gonzalo: *Hombres y documentos de la filosofía española*. Volumen I: A-B. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de Filosofía «Luis Vives». Madrid, 1980, 656 p.

Con la aparición del primer volumen de *Hombres y documentos de la filosofía española* se inicia uno de los proyectos bibliográficos más importantes y más necesarios de entre los que se han realizado entre nosotros los últimos años. Se nos depara una enumeración de los distintos filósofos españoles, entendiéndose por español quien ha trabajado en España, en la Península Ibérica, antes de la definitiva independencia de Portugal, así como en los virreinos de Hispanoamérica. Esta enumeración se completa con una noticia de la vida y, en casos de mayor importancia, de la obra de los mismos, y se completa con una lista cronológica y numerada de sus obras en las distintas ediciones realizadas de las mismas, así como de los estudios realizados sobre él. Por razones obvias, en este primer volumen también se encuentra una relación de revistas dedicadas a estos temas, junto a una amplia bibliografía general de 530 obras. A ésta hay que añadir más de 11.000 mencionadas en el volumen que sólo cubre las letras A y B. Se trata, por tanto, del primero de una serie que se proyecta cuente con siete volúmenes en total, serie para la que también se ha proyectado la inclusión de varios índices que, sin duda, contribuirán a prestarle mayor valor y utilidad para el estudioso.

Hay que convenir con el doctor Díaz en que su obra cubre una laguna en la bibliografía de las letras españolas. Asimismo, puede añadirse que constituye un reflejo revelador de nuestra actividad filosófica. En este sentido, por ejemplo, se puede resaltar el contraste entre el gran número de obras por oposición a un relativamente escaso número de estudios sobre las mismas. Ciertamente que se nos presentan excepciones a esta regla, y así podríamos citar los casos de Amor Ruibal (243 estudios) o Jaime Balmes (376 estudios). Con todo, a pesar de estas excepciones, podemos decir que la obra del doctor Díaz, además de llenar un vacío, ha contribuido a que en el futuro se colmen otros y vayamos logrando un mejor conocimiento de nuestro pasado filosófico.

Jaime DE SALAS ORTUETA

DEAÑO, A.: *Las concepciones de la lógica*. Taurus. Madrid, 1980.

El enorme desarrollo que ha alcanzado la lógica en nuestro siglo es causa de su extraordinaria capacidad de presentarse como un con-

junto de distintos sistemas formales. La fecundidad de estos lenguajes ha potenciado la presentación de la lógica de un modo operativo, generativo, de modo que, en cierta manera, ha obstaculizado de una manera injusta la reflexión sobre su constitución y sus fundamentos, la investigación sobre la naturaleza de la lógica. Por todo esto merece destacarse la publicación de una obra que precisamente tiene como objetivo reflexionar sobre «en qué consiste la ciencia que llamamos lógica». El estar escrita originalmente en castellano por un profesor de lógica que ha gozado de gran prestigio y que, desgraciadamente, ha desaparecido prematuramente de entre nosotros, dota a la obra de un valor adicional por su tratamiento filosófico.

El carácter especial de la obra de Deaño es, por tanto, precisamente la reflexión sobre la lógica misma sin evitar los problemas que surgen ante el encuentro de la multiplicidad de concepciones y caminos en una ciencia milenaria, y a la vez manteniendo la intención de entrar en el tema para encontrar en él su posición, la posición personal desde la que explicar todas las otras concepciones. Esta voluntad de compromiso está explícitamente expresada por Deaño en la tercera parte del libro, en el momento de profundizar de un modo decisivo en la cuestión de «qué es la lógica como teoría». Cuanto más se introduce en la lógica una consideración filosófica más clarificado quedará su perfil, sus métodos. Se puede, por una parte, hacer lógica y esta actividad supone parte del esfuerzo de los miles de lógicos en las universidades e institutos de investigación, colaborando con su labor, desarrollo y exploración de sistemas formales; se puede, asimismo, contar la lógica destacando la labor docente de quienes tienen que transmitir este conocimiento; sin embargo, estas dos actividades quedan incompletas, aun siendo autónomas —no en vano la lógica se presenta muchas veces exclusivamente como pura actividad fabricante de lenguajes formales diversos—, dejando la opción de hacer una tercera más «teórica», menos «operativa», pero no por ello menos necesaria y legítima: la tarea de pensar la lógica, de reflexionar sobre ella, de hacer filosofía de la lógica. Y cuando esto ocurre, la reflexión, según Deaño, ha de estar guiada por el interés de buscar aquella filosofía personal desde la que se pueda explicar (no ya rechazar o admitir) y entender las posiciones de las otras concepciones de la lógica.

A pesar del enunciado explícito de esta posición, en su tercera parte del libro, la opción, no obstante, se revela en toda su articulación, al acudir constantemente a autores de lógica para incorporarlos a su explicación, situándolos en su punto de vista para que el pensamiento de ambos quede clarificado tanto por su similitud como por discrepancia. Ya en el prefacio advierte Deaño que la obra presentada no tiene carácter erudito, sino reflexivo; sin embargo, el que el libro

haya sido concebido como una memoria de oposiciones preparada para concursar a la plaza de profesor agregado de la Universidad Autónoma de Madrid, le ha exigido al autor una precisión y sobre todo un gran esfuerzo de erudición. Pero, al someterse a los condicionantes de un plan general de trabajo externo, no quedan anuladas sus cualidades de expositor y filósofo, sino que, más bien al contrario, en este caso el método muestra el talante reflexivo de Deaño. Así, pues, sin renunciar ni a la acertada descripción y enjuiciamiento de los sistemas que comenta, ni a la progresiva configuración de su posición, potencia, sin embargo, la necesidad de perfilarla, evitando así caer en el planteamiento excesivamente escolar en el que incurren este tipo de trabajos de oposición en los que las limitaciones de un proyecto impuesto oscurece en ocasiones el pensamiento del autor. Sin embargo, en este caso Deaño puede hacer transparente su propio pensamiento y sus opciones personales que emergen reiteradamente a lo largo de su trabajo.

Comienza el autor su análisis de la lógica partiendo de la presencia de una ciencia que se nos impone aceptando así la exigencia aristotélica de partir de lo más obvio, de lo más conocido para nosotros. Así nos encontramos con una ciencia construida como tal, esto es, aceptada así por la comunidad de científicos. A esta situación la denomina Deaño «el factum de la lógica», dedicándole el primero y más corto de los tres capítulos en los que se divide el libro. A lo largo de él caracteriza el objeto de la lógica, resaltando el epígrafe cuatro, «La lógica como ciencia formal y universal», en el que muestra brevemente de qué forma ya en Aristóteles —y por lo tanto en el mismo origen de la lógica— ésta aparece con unos caracteres de independencia y teoreticidad que van a transmitirse hasta nosotros; este epígrafe, cuyo tratamiento está cargado de intención, repercutirá en el resto de sus consideraciones, especialmente en la tercera parte. El resto de esta primera parte está dedicada a analizar distinciones clásicas y tópicos elementales de la lógica.

La segunda parte continúa la reflexión sobre la lógica sin aceptar de antemano la actitud de considerar que lo único posible ante una ciencia es constatar su existencia y nada más, y menos aun cuando esa ciencia ha pasado por las vicisitudes de la lógica: «la lógica puede y debe ser algo más que lógica formal, pero ha de ser necesariamente lógica formal». Emprende entonces Deaño la tarea de analizar las principales concepciones habidas a lo largo de la historia sobre la naturaleza de la lógica. El adoptar hipótesis de trabajo en esta parte dota a la obra de un gran interés precisamente por lo polémicas que pueden ser las distinciones que el autor hace y por lo que tiene de problemática en general toda clasificación. Divide entonces las

concepciones de la lógica en concepciones «jorísticas» y concepciones «paratácticas».

Serán concepciones jorísticas, según la propia etimología de la palabra, aquellas según las cuales los principios lógicos son algo especial, algo separado de todos los demás principios por un *χωρισμός* del tipo que sea. Desde esta perspectiva, Deaño analiza aquellos puntos de vista para los cuales la lógica tiene una naturaleza irreductible y en su exposición desfilan con este adjetivo prácticamente todas las concepciones que han aportado planteamientos originales en lógica y que la han desarrollado como una ciencia de alguna manera autónoma. Así sitúa en su análisis desde los planteamientos megárico-estoicos, hasta el Wittgenstein del *Tractatus*, pasando por la teoría de las «secundae intentiones», Frege, Husserl, etc.; entra con ello en un análisis pormenorizado, a veces prolijo, de las posiciones respectivas para determinar en cada caso cuál es el *χωρισμός* diferenciador de cada una de estas posturas.

En cambio, serán concepciones paratácticas aquellas que consideran las verdades lógicas como algo reductible a otro tipo de verdades aunque el proceso de reducción sea más o menos laborioso. Desde este punto de vista se desarrolla fundamentalmente el psicologismo, especialmente en la versión que da de él John Stuart Mill, y el planteamiento de Dewey presentando la lógica como lógica de la investigación. El tratamiento de este epígrafe es más escueto que el anterior ante la expectativa del autor de que sus consideraciones tengan un tratamiento más «consecuente» en la última parte del libro.

Toda esta clasificación que el autor ha tomado como hilo conductor provisional de su reflexión es replanteada finalmente para ser contrastada con otras de Popper, Blanshard, Fetaner y Piaget. En ella puede sorprender al principio la diferencia que hace Deaño entre el tratamiento jorístico y paratáctico; en efecto, el primero es más abundante en cuanto al análisis de los textos, e incluso al número de textos, y a los matices considerados, y este desequilibrio hace pensar que ha pasado por alto planteamientos más clásicos en los cuales una teoría como la de las segundas intenciones tendrían una raigambre psicologista, o al menos una tendencia psicologista, mayor de la que revela Deaño en estos análisis. Asimismo, cabría hacer otras objeciones análogas con respecto a las posiciones de Piaget y Nagel, sin embargo esto no hace más que destacar el aspecto polémico que el libro manifiesta y que acentúa su interés.

La relativa brevedad en el tratamiento de las concepciones paratácticas de la lógica viene compensada en la tercera parte del libro, en la que el autor aborda su propia concepción de la lógica procediendo desde aproximaciones sucesivas a partir del proceder de la lógica como una actividad creadora de estrategias, nivel en el que

sitúan en definitiva a la lógica aquellos que la reducen a prolongaciones de los procesos psíquicos, hasta la consideración de la lógica como una teoría. Esta teoría habría de darse «en nuestro camino ascendente por la filosofía» y, por lo tanto, no en las concepciones practicistas, sino en las concepciones lingüísticas de los principios lógicos; será ésta, según Deaño, la mínima fundamentación de la lógica exigible por —o aceptable para— cualquiera que domine la lógica actual. Y es precisamente aquí donde él reencuentra a Wittgenstein y va perfilando a través de él su propio pensamiento, sus opiniones, surgiendo así el punto de vista fundamental del autor. De la lógica tendrá, según la ascensión que nos propone (Wittgenstein-Kant), en principio, una concepción trascendental para llegar a un idealismo trascendental que presenta aquí como equivalente a trascendentalismo acabado. Llegada a este punto la reflexión se vuelve a plantear, en un acto en cierta manera reduplicativamente reflejo, el problema de las «otras concepciones de la lógica» (¿por qué no dar una concepción realista de la lógica?), así como la posición y la relación de la lógica con respecto a otras ciencias, como la psicología, la lingüística, la matemática, para terminar con un breve comentario sobre la relación entre lógica, lógica formal y filosofía, donde intenta explicar las dificultades que presenta para la lógica la reflexión sobre su propia naturaleza ante sus desarrollos formales.

Finaliza el libro con un apéndice sobre el método de investigación en lógica y una selección de bibliografía fundamental sobre los temas tratados. Se acerca en el tratamiento del método no a una concepción positivista o neopositivista, sino a planteamientos posteriores en los que la reconstrucción de la ciencia sea verdaderamente histórica, ya que la ciencia es una con su desarrollo histórico. Ahora bien, dado que en la lógica no hay investigaciones en este terreno, cabría preguntarse si no era ésta precisamente una empresa que pretendía realizar Deaño en el curso de sus futuras investigaciones, ya que continuamente acude a autores que de alguna forma han analizado temas similares en la historia de la matemática, tales como Elaine Koppelman, Michael Crowe y H. Mehrtan, para terminar en el apéndice considerando las posibilidades de aplicación de las categorías de estos tres autores a la historia de la lógica. El carácter provisional de este apéndice queda de manifiesto en la pregunta con la que termina, acerca de la posibilidad de que la historia de la lógica sea similar a la de las demás ciencias, o bien presente alguna singularidad que haga de ella un caso especial como resultado de su naturaleza trascendental.

Al terminar la lectura del libro de Deaño *Las concepciones de la lógica* se comprende que no acabe con una clausura que pretenda dejar los problemas zanjados, y esto no sólo por la abundancia de

problemática, que producirá en el lector reacciones críticas, sino también, creemos, que por la propia voluntad del autor de dejar abierta una salida para ulteriores reflexiones. Estas pueden encontrarse en el material inédito de Deaño, cuya próxima publicación anuncian Carlos Solís y Javier Muguerza y que tal vez contengan la respuesta a una de las posibles preguntas que suscita la obra comentada: ¿cómo es posible ver la historia de la lógica como un cuerpo continuo que se desarrolla ininterrumpidamente desde Aristóteles hasta nuestros días y en el que a su vez su progreso depende de la opción filosófica que cada autor mantiene? Tal vez lo que más llama la atención a lo largo de toda la exposición es precisamente la escasa consideración que le merece a Deaño el contraste, las posibles rupturas que suponen los distintos estadios de la lógica. Posiblemente este tema, que él aborda de una manera rápida en el apéndice, sea uno de los puntos que hayan de considerar los continuadores de sus trabajos.

Javier ORDÓÑEZ